

EL LENGUAJE CONTRARIADO

“Ahora que los ladros perran... Ahora que los cantos gallan... Ahora que los rebuznos burran... Ahora que los gorjeos pájaran... Ahora que los gruños marranan... Ahora que al bando la toca las altas suenan campanan, vengo a suspirar mis lanzos ventano de tus debajas”. (Gonzalo González de la Gonzalera)

“Yo me platautobusformaba comultitudinariamente en un espaciotiempo luteciomeridiano vecinando con un longuícolo mocosio fieltrosombreado y cordonotrenzón...” (Raymond Queneau)

(Se podría continuar con fragmentos de *Finnegans Wake*, *Absalón, absalón*, *El museo de la novela de la eterna*, *Paradiso...*)

Dejaremos para otra ocasión el jabberwocky (Carroll), el glíglico (Cortázar), zemblano (Nabokov), el nadsat (Burgess), el pasticciaccio (Gadda) e incluso la simpleza intraducible de un *Obladí, obladá*.

Todo esto viene a cuento para proponer una búsqueda, o, mejor dicho, abrir un camino, pues vamos a hablar una vez más, y no será la última, de literatura, de ese enredo así llamado:

Busquemos el lenguaje contrariado. I.

El lenguaje contrariado está en la calle y nos acompaña. Incluso está en nosotros. Y cuando ese lenguaje se exagera entonces, lejos de ahuyentarnos, nos atrapa por el misterio de su magnetismo, nos divierte injustificadamente como las bofetadas de los payasos en el circo. Recuerdo haber escuchado a una señora que, refiriéndose a la Frecuencia Modulada de la radio, lo llamó la Florencia Inmaculada... ¿Cómo no detenerse a reflexionar en la riqueza de las conexiones inefables del lenguaje y las ideas?... Porque lo que se dice entender, aquella señora se hacía entender perfectamente. No hace mucho he visto en Madrid un anuncio de grandes dimensiones a las puertas de una Caja de Ahorros. Decía el anuncio: VIVE TU NÓMINA EN NUESTRA CAJA. Eso es de idiotas... En todo caso, me puse a pensar, lo correcto es Vivir de la nómina, pero ¿vivir la nómina?, ¿y allí, en su Caja?... ¿Pero qué clase de Caja?... Por unos momentos evoqué la caja de un muerto... También pensé que nos exhortaban a que nos instalásemos en el hall de la entidad financiera para “vivir” nuestra nómina. Al final, la ira se volvió contra mí cuando advertí que lo que se dice entender, todo el mundo, y yo el primero, entendía perfectamente aquel estúpido mensaje publicitario y su reclamo, lo que me dejó bastante jodido. En otra ocasión me llamó la atención, tanto que no he olvidado el hecho, un mendigo sentado en la acera de la calle Fruela de Oviedo con un cartón delante de sus rodillas averiadas que, bien lo recuerdo, decía textualmente: “No a la violación en España Soy Franco”. El descontrol de las mayúsculas convertía aquel letrero en toda una jitanjáfora (que diría el sabihondo), sobre todo, porque el hombre había escrito la palabra franco con la F mayúscula, así es que inmediatamente pensé en Francisco Franco, aquel caudillo que arrulló España en su larga siesta, con lo que no lograba sacarle el menor sentido al mensaje del mendigo, más aún si con ello aquel hombre pretendía despertar la generosidad de los viandantes. Tardé en advertir que

Franco (con mayúscula) tan sólo deseaba decirnos que era franco (con minúscula) al manifestar su rechazo a la violación, ojo, a la violación en España. Por último, en un corrillo muy esnob, cómo no, salió a relucir el puñetero dinosaurio de Monterroso. Allí, un joven engolletado, haciendo tintinear su vaso de whisky, le preguntó a una dama-cisne: ¿Conoce usted el relato del Dinosaurio, de Monterroso?... Y ella respondió forzando un gesto de verdadero éxtasis teresiano: “Oh, sí, me fascina, ya voy por la mitad...”

Lenguaje contrariado. II.

Supongo que escribo porque un buen día descubrí que para sobrevivir había que huir del miedo; es decir, ser valiente era el reto. En mi época, la infancia era el reino del terror. Para dormirnos, a los niños nos contaban cuentos de espanto (plagados de brujos, monstruos, castigos incon vencibles, plagas, gatos negros de mal augurio y todo tipo de maldades inimaginables) y yo veía en ello una enorme contradicción, porque dormirse con el miedo en el cuerpo, ya seas niño o higo paso, trae malas consecuencias. Se nos hacía tenerle miedo a Marcelino, el guardia de tráfico. A las sombras nocturnas de los arbolillos de la calle Cervantes. Al viento calentorro de las anochecidas otoñales. Al desván sin luz de la abuela, donde además había libros viejos para alimento de los ratones y alguna espada. A los borrachos que dormían su tiritona en los bancos del parque. Al pobre de los domingos. A Justo Canela. A los ratones de Hamelin que habían invadido la calle Foncalada. A Belphegor, los martes por la noche en la TV. A la enana Teresina que, saliendo de entre los abrigo s negros del perchero, al fondo del pasillo, venía hacia ti con su vestidito rojo de lunares negros —parecía una mariquita—, la cara de cera, un enorme corazón carmesí mal pintado sobre sus labios y la frente despejada, mirándote fijamente y señalándote con el dedo a la vez que decía con su voz metálica: “tú, tú, tú...”

¿A qué no teníamos miedo?...

Enseguida quise ser escritor de un modo platónico; es decir, mucho antes de conocer la Literatura, a la que encontré —porque quería ser escritor— ya iniciada la adolescencia. Con unos ocho años, escribí un cuento, por supuesto, antes de leer cuento alguno. Me enamoré de los libros años antes de empezar a leerlos. Soñé con las irrealidades y hasta con una letra escarlata cuando no tenía la menor noticia de la belleza que esconden las cosas irreales ni del significado inalcanzable de las letras, menos aún de las injustas letras de color escarlata... Errando, quise ser escritor, porque yo iba para machote.

Siempre he preferido entregarme al sueño acompañado de hermosas imágenes emanadas por regla general de la fantasía. Todavía en la infancia, decidí que para sobrevivir en la vigilia había que ser valiente, así es que empecé a escribir, como un juego y como una huída; en definitiva, como un entretenimiento en medio de la envolvente abulia. Dicho de otro modo, tomé las de Villadiego y aposté por volverme errante. Pero una vez más el lenguaje me llevó a la confusión, pues no sabría decir yo ahora si he apostado por la actitud del que vaga de un lado para otro (un errante), o bien la del que tiene por costumbre equivocarse, el que yerra sin remedio (otro errante). Por aquel entonces, estaba yo lejos de sospechar que, en no pocas ocasiones, escribir es como tocar el piano con bolas de plomo atadas a los dedos de las manos.

Un amigo mío cuenta siempre que él quiso hacerse escritor con el único objetivo de parecerse a Marcello Mastroianni en la película *La noche*, de

Antonioni. En esa historia, Mastroianni hace de escritor, y una hermosa Jean Moreau se enamora de él. Lo que sucedió fue que mi amigo, tras ver la película, se enamoró perdidamente de la Moreau, motivo por el cual estaba dispuesto a afrontar la mayor de las heroicidades con tal de ganarse una pizca de esperanza respecto a una mujer como aquella, sin ir más lejos, y como quien no quiere la cosa, incluso estaba dispuesto hacerse escritor. Sin darse cuenta, no sé si por obra de mi amigo o la literatura o el cine o Antonioni o Mastroianni o la Moreau, lo cierto es que de aquella sesión en un cine de Barcelona, años sesenta, nació un platónico y lírico *ménage a trois*... Incluso vale decir que nació un escritor de mucho éxito en la actualidad, nació una porción nada desdeñable de literatura.

Lo he dicho ya en muchas ocasiones y lo repito, la literatura es un salvoconducto que te permite ser sin tener que estar. Pues bien, sin saberlo, eso es lo que yo andaba buscando.

Ya en la adolescencia tuve la sensación de que la literatura habría de ser mi camino en la vida, mi modo particular e intransferible de vivir, y sucedió principalmente a partir de la Generación del 27 y alrededores —era lo más próximo y accesible—, así que, llevado por un fuerte impulso de emulación y poco más, me subí a ese carro, pero fue entonces cuando leí “Platero y yo” y no pude evitar unos tremendos deseos de saltar del carro y echar pie a tierra. Empezaba a comprender que esto no iba a ser precisamente un camino de rosas juanramonianas. Empecé a asumir que la literatura es como esa amante con la que nunca das la talla. Si fuera por Platero, o por el dinosaurio de Monterroso, yo no estaría hoy aquí, salvo para denostar a la Literatura. Luego empecé a escribir poemas imitando a Dámaso Alonso, Guillén y otros.

Lenguaje contrariado. III.

El lenguaje permite una variedad infinita de afrontar un argumento, el que sea. Véanse los 99 modos de enfocar un mismo asunto muy simple demostrados por Raymond Queneau en sus *Ejercicios de estilo*. O los 999 versos de *Pálido fuego* de Nabokov, por cierto, eximia novela de novelas que deshacen la novela en torno a un poema sin poema que hace el poema. O los 99 versos que Milton dicta para el futuro de la literatura. O la media docena de asuntos que señala Vonnegut. Lo mismo que las propuestas para el próximo milenio de Italo Calvino, en especial la sexta y última, al quedar inconclusa dado que en su desarrollo le estalló la cabeza al autor italiano. Todo ello sin que sea necesario llegar al *Diccionario de argumentos de la Literatura Universal*, de Elizabeth Frenzel... En apariencia incluso podríamos considerar los *Cuentos dos veces contados* de Nathaniel Hawthorne. Por no hablar de las post-secuelas o de la literatura del silencio, en la que se encuadrarían los *comienzos vanos* de Francis Scott Fitzgerald. Y, más lejos todavía, qué decir de esos libros que apenas sí son recordados no más allá de su epígrafe inicial —que por norma general ni siquiera es una idea firmada por el autor del libro—, como es el caso de *El mundo y el pantalón*, de Beckett, que arranca con el siguiente chiste: EL CLIENTE: Dios hizo el mundo en seis días y usted lleva seis semanas para hacerme un pantalón. EL SASTRE: Ya, pero mire usted el mundo y mire su pantalón.

Finalmente, tras un breve paso por los libros perdidos (v. *La biblioteca de los libros perdidos*, de Stuart Kelly) llegaríamos a los libros no escritos que, según Julian Barnes, no son motivo de resentimiento, ya que, dice el inglés, y

estoy de acuerdo con él, ya hay demasiados libros. Con el paso del tiempo he comenzado a aceptar la afirmación del gallego Julián Ríos, cuando dijo que “el futuro de la literatura está en su pasado”.

Lenguaje contrariado. IV.

Tal vez suceda que nos encaminamos hacia la dimensión insondable del caos, como si el camino a seguir, una vez superada la vanguardia francesa y el modernismo post victoriano anglonorteamericano, nos lo marcara el lenguaje abstracto, hecho de ideas, retos y símbolos, de la matemática a través de aventuras tales como, pongamos por caso, la Conjetura de Poincaré, de camino hacia la que llamaríamos “dinámica caótica”. El problema de Poincaré ha sido resuelto por un ruso solitario gracias a una esfera tridimensional, pero quedan en el aire otros seis problemas del milenio de imposible resolución hasta la fecha. La literatura sería un nuevo problema a añadir a esa lista de retos matemáticos. La dificultad de vislumbrar el final del túnel, de despejar la incógnita, paradójicamente salvaguarda ese trayecto llamado literatura, por más que un poeta portugués —Gonçalo Tavares— nos avise de que escribir no es un ejercicio más inteligente que resolver una ecuación matemática. Perseguimos —autor y lector— la página esencial, aun sabiendo que nunca daremos con ella. Dicho empeño inútil nos mantiene a flote. O tal vez sea la esfera tridimensional de Poincaré o el Aleph o la Poma lucida del mago araucano Fitón... En suma, perseguimos una religión —la literatura, estúpidos—, a la vez que evitamos el axioma —ese vicio impune.

Sabemos por experiencia que los libros arden a 451° Fahrenheit o ante la furia neurótica de un dictador. O por la indolencia manchega y disipada en un donoso escrutinio. O por la desidia perezosa de una sociedad ágrafa y envolvente... Hoy mis semejantes se hacen cyborgs o hikikomoris. En los tiempos de Kafka serían *odradeks*. La última vez memorable fue aquel dos de Mayo de 1962 en las calles de Yakarta. Palabras combustibles que hoy alcanzo a relacionar con la siguiente concatenación, mañana no lo sé: Homero + Dante + Rabelais + Cervantes + Swift + Diderot + Sterne + Goethe + Baudelaire + Rimbaud + Proust + Kafka + Joyce + Eliot + Hasek + Beckett + Gadda + Borges + Döblin + Lezama Lima = X - 1...

Escritores antorcha —como Kien en su calidad de lector empedernido— capaces de ponerle fin a la literatura por lo extremoso, inexplicable e insuperable de sus particulares hazañas. Peligrosamente perfectos, elevados, exquisitos, puros o angelicales, da la impresión de que tras ellos hubo de ser reinventada la literatura. Son los mejores. Casi repelentes, y precisamente por todo ello, apocalípticos, determinantes, finalistas, necesarios, peligrosos incluso... En su poder estuvo alcanzar el punto límite literario o el *grado cero de la escritura* o, lo que vendría a tener semejante traza, la “inversión del grado cero de la escritura”, admitiendo aquí la idea de “inversión” puesta de manifiesto por Guy Débord en *La sociedad del espectáculo*. Allí dice Débord que “no se trata de una negación del estilo, sino el estilo de la negación”.

Y esto me hace pensar en el llamado *Teorema de los infinitos monos*, el que demuestra que un chimpancé aporreando al azar un teclado alfabetizado, por un tiempo infinito, sería capaz de componer la obra completa de Shakespeare. (v. David Ives: *Words, words, words*. En ella tres monos, llamados Milton, Swift y Kafka, permanecen encerrados en una jaula hasta que consigan escribir —reescribir en todo caso— el *Hamlet*) El hecho, matemáticamente, es irrefutable;

pero no nos concierne en términos líricos más allá de la interpretación metafórica. (Así de complejo es el infinito, así de real, así de fantástico y empujador... Me temo que andamos cerca del enigma que Borges pretendía hacernos comprender desde su Biblioteca de Babel. Lo que sucede es que Literatura y Ciencia, una vez más, chocan al verse instaladas en nuestro limitado entendimiento, cada vez menos científico, cada vez menos literario, aunque hoy en día temerariamente tecnológico, valga llamarlo así)

Y quien dice un mono dice un idiota. Podemos hacer un alto en lo que Scott Fitzgerald denominó *comienzos* vanos. Todo comienzo vano puede representar un fragmento de la literatura del No o esa otra literatura más doméstica, a medio camino entre el todo y la nada, empeñada en descifrar por igual y a la vez el Uno y los Múltiples, de los que tienen por costumbre componer novelas o relatos en su imaginación sin lograr darle salida a lo que imaginan. Como dijo aquel: “hay que ver hasta dónde están dispuestos a llegar los novelistas de hoy con tal de no escribir una novela”. Pues bien, ¿para qué hacen eso?... También hay quien ejecuta grandes trabajos literarios en el aire y quien no hace otra cosa que destruir sus propios castillos de naipes en un grosero ejercicio de estilo llamado a destrozar la literatura lejos de asomarse a un modesto OULIPO (ya sabéis: Taller de Literatura Potencial), un taller más voluntarioso que eficaz.

A no mucha distancia, nos acecha el silencio en espera de nuestra inconforme rendición. Porque transmitir ideas una y otra vez, sin final posible, es un ejercicio de mercachifle itinerante que, en muchas ocasiones, coadyuva a la intrascendencia sin más. El silencio se encuentra antes y después del logro artístico, como un *marginalia*, pero ¿por qué no tratar de introducirlo en dicho logro?... Hay quien lo ha intentado, incluso lo ha conseguido, pero me temo que con no demasiado éxito. Así que huyamos de la pretensión. Tarde o temprano acabaremos cayendo sin remedio en el saco inconmensurable de las palabras, las imágenes o los sonidos. ¿Quién sabe?... A lo mejor acabamos siendo devorados por el sueño, ese vicio que ni siquiera ha sido reconocido como un Derecho Humano por los propios hombres, o sus representantes assemblearios (me refiero a la Declaración de los Derechos Humanos, de la ONU. En ella no se propone el Derecho a soñar)

En lo que a mí respecta, ante dicha disyuntiva, preferiría irme a soñar. Solo en caso contrario daría por buena la defunción de la Literatura a cambio de esa página sublime —la página esencial— que, estoy seguro, nunca alcanzaré ni la verán mis ojos. Sin embargo, me entretiene el empeño de perseguirla hasta la eternidad, o dicho en términos matemáticos, hasta el infinito. Como Sísifo.

Lenguaje contrariado. V (y final)

Ahora que los burros rebuznan, chsss... Silencio, se lee... Pero a mí que no me jodan.

De momento, esto es todo.